

Poesía y Prosa



colección moby dick

Rubén Darío

Poesía y Prosa

Selección

Jorge Barros T.

Juan Manuel Galán Z.

© Pehuén Editores
María Luisa Santander 537
Providencia, Santiago, Chile
Teléfono: (56-2) 225 62 64 - (56-2) 204 93 99
editorial@pehuen.cl

Inscripción N° 125.942
ISBN 978-956-16-0345-5

Primera edición, octubre de 2002
Tercera edición, mayo de 2007

Diseño y Diagramación
Pehuén Editores

Más información, actividades sobre este libro y otras lecturas recomendadas por edad en "Motivación para la lectura", www.pehuen.cl

Se prohíbe la reproducción o emisión total o parcial de este libro, ya sea a través de sistemas eléctricos, electrónicos, mecánicos, químicos, ópticos, de grabación, fotográficos o de fotocopia, sin la autorización previa del editor.

Impreso en los talleres de
Imprenta Salesianos S.A.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE



POESÍA

(31)

que su aroma y delicado
y es como el café de una ^{va} fresca

✽

Esto es para una madre.
¿Qué es la madre? Una ^{tercera} hermana!

✽

Para este libro de poemas a honras
Foto al idilio, toda en tonos
ho oro y batallas, púrpuras y rosas:
Si que los versos fueran
Como un corte de flores;
o que lleváramos con fragancias
nuevas,
las alas al vuelo y la alegría
de un coro de palomas que
susurran!
¡Noi en ~~un~~ nombre del hijo
ha curado el pecho...!
R. Doris



Del trópico

¡QUÉ alegre y fresca la mañanita!
Me agarra el aire por la nariz,
los perros ladran, un chico grita
y una muchacha gorda y bonita
sobre una piedra muele maíz.

Un mozo trae por el sendero
sus herramientas y su morral;
otro, con chanclas y sin sombrero,
busca una vaca con su ternero
para ordeñarla junto al corral.

Sonriendo a veces a la muchacha,
que de la piedra pasa al fogón,
un campesino de buena facha,
casi en cuclillas afila un hacha,
sobre la orilla del molejón.

Por las colinas la luz se pierde
bajo de un cielo claro y sin fin.
Allí el ganado las hojas muerde
y hay en los tallos del campo verde
escarabajos de oro y carmín.

Sonando un cuerno curvo y sonoro
viene el vaquero, y a plena luz
pasan las vacas y un blanco toro
con unas manchas color de oro
por los jarretes y en el testuz.

Y la patrona, bate que bate,
me regocija con la ilusión
de una gran taza de chocolate,
que ha de pasarme por el gznate
con las tostadas y el requesón.



Lo que yo te daría

UN castillo de blancas azucenas
donde una mano leve
coloque entre armonías y rumores
rocío transparente;
un rayo misterioso de la luna
empapada en el éter;
un eco de las arpas que resuenan
y el corazón conmueven;
un beso de un querube en tus mejillas;
algo apacible y leve,
y escrita sobre la hoja de albo lirio,
una rima de Bécquer.





Allá lejos


BUEY que vi en mi niñez echando vaho un día
bajo el nicaragüense sol de encendidos oros,
en la hacienda fecunda, plena de la armonía
del trópico; paloma de los bosques sonoros,
del viento, de las hachas, de pájaros y toros
salvajes, yo os saludo, pues sois la vida mía.

Pesado buey, tú evocas la dulce madrugada
que llamaba a la ordeña de la vaca lechera,
cuando era mi existencia toda blanca y rosada,
y tú, paloma arrulladora y montañera,
significas en mi primavera pasada
todo lo que hay en la divina Primavera.

Llegué a la pobre cabaña

LLEGUÉ a la pobre cabaña
en días de primavera.
La niña triste cantaba,
la abuela hilaba en la rueca.
–Buena anciana, buena anciana,
bien haya la niña bella,
a quien desde hoy amar juro
con mis ansias de poeta–.
La abuela miró a la niña.
La niña sonrió a la abuela.
Fuera, volaban gorriones
sobre las rosas abiertas.
Llegué a la pobre cabaña
cuando el gris otoño empieza.
Oí un ruido de sollozos
y sola estaba la abuela.
–¡Buena anciana, buena anciana!–
Me mira y no me contesta.
Yo sentí frío en el alma
cuando vi sus manos trémulas,
su arrugada y blanca cofia,
sus fúnebres tocas negras.
Fuera, las brisas errantes
llevaban las hojas secas.

Canción de la noche en el mar


¿UÉ barco viene allá?
¿Es un farol o es una estrella?
¿Qué barco viene allá?
Es una linterna tan bella...
¡y no se sabe adónde va!

¡Es Venus, es Venus la bella!
¿Es un alma o es una estrella?
¿Qué barco viene allá?
Es una linterna tan bella...

¡y no se sabe adónde va!
¡Es Venus, es Venus, es Ella!
Es un fanal y es una estrella
que nos indica el más allá,
y que el amor sublime sella,
y es tan misteriosa y tan bella,
que ni en la noche deja huella
¡y no se sabe adónde va!



Sonatina

A princesa está triste..., ¿qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,
está mudo el teclado de su clave sonoro
y en su vaso, olvidada, se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales;
parlanchina, la dueña dice cosas banales,
y, vestido de rojo, piruetea el bufón.
La princesa no ríe, la princesa no siente;
la princesa persigue por el cielo de Oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda o de China,
o en el que ha detenido su carroza argentina
para ver de sus ojos la dulzura de luz?
¿O en el rey de las Islas de las Rosas fragantes,
o en el que es soberano de los claros diamantes,
o en el dueño orgullo de las perlas de Ormuz?

¡Ay!, la pobre princesa de la boca de rosa
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar,
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar a los lirios con los versos de mayo,
o perderse en el viento sobre el trueno del mar.

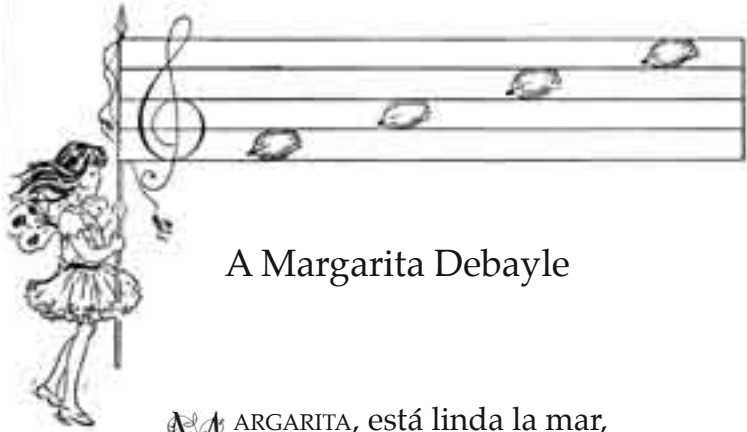


Ya no quiere el palacio, ni la rueda de plata,
ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,
ni los cisnes unánimes en lago de azur.
Y están tristes las flores por la flor de la corte;
los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,
de Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!
Está presa en sus oros, está presa en sus tules,
en la jaula de mármol del palacio real;
el palacio soberbio que vigilan los guardas,
que custodian cien negros con sus cien alabardas,
un lebrél que no duerme y un dragón colosal.

¡Oh, quién fuera Hipsipila que dejó la crisálida!
(La princesa está triste. La princesa está pálida)
¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!
¡Quién volara a la tierra donde un príncipe existe!
(La princesa está pálida. La princesa está triste)
más brillante que el alba, más hermoso que abril!

–¡Calla, calla, princesa –dice el hada madrina–,
en caballo con alas, hacia acá se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte,
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
a encenderte los labios con su beso de amor!



A Margarita Debayle

MARGARITA, está linda la mar,
 y el viento
 lleva esencia sutil de azahar;
 yo siento
 en el alma una alondra cantar,
 tu acento.
 Margarita, te voy a contar
 un cuento.

* * *

Éste era un rey que tenía
 un palacio de diamantes,
 una tienda hecha del día
 y un rebaño de elefantes,
 un quiosco de malaquita,
 un gran manto de tisú,
 y una gentil princesita,
 tan bonita,

Margarita,
 tan bonita como tú.

Una tarde la princesa
 vio una estrella aparecer;
 la princesa era traviesa
 y la quiso ir a coger.

La quería para hacerla
 decorar un prendedor,
 con un verso y una perla,
 y una pluma y una flor.

Las princesas primorosas
 se parecen mucho a ti:
 cortan lirios, cortan rosas,
 cortan astros. Son así.

Pues se fue la niña bella,
 bajo el cielo y sobre el mar,
 a cortar la blanca estrella
 que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,
 por la luna y más allá;
 mas lo malo es que ella iba
 sin permiso del papá.

Cuando estuvo ya de vuelta
 de los parques del Señor,



se miraba toda envuelta
en un dulce resplandor.

Y el rey dijo: «¿Qué te has hecho?
Te he buscado y no te hallé;
y ¿qué tienes en el pecho,
que encendido se te ve?».

La princesa no mentía.
Y así dijo la verdad:
«Fui a cortar la estrella mía
a la azul inmensidad».

Y el rey clama: «¿No te he dicho
que el azul no hay que tocar?
¡Qué locura! ¡Qué capricho!
El Señor se va a enojar».

Y ella dice: «No hubo intento;
yo me fui no sé por qué;
por las olas y en el viento
fui a la estrella y la corté».

Y el papá dice enojado:
«Un castigo has de tener:
vuelve al cielo, y lo robado
vas ahora a devolver».

La princesa se entristece
por su dulce flor de luz,



cuando entonces aparece
sonriendo el buen Jesús.

Y así dice: «En mis campiñas
esa rosa le ofrecí:
son mis flores de las niñas
que al soñar piensan en mí».

Viste el rey ropas brillantes,
y luego hace desfilar
cuatrocientos elefantes
a la orilla de la mar.

La princesita está bella,
pues ya tiene el prendedor,
en que lucen con la estrella,
verso, perla, pluma y flor.

* * *

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar:
tu aliento.

Ya que lejos de mí vas a estar,
guarda, niña, un gentil pensamiento
al que un día te quiso contar
un cuento.